

De los triunfos de Cristo

Por Alvaro Sánchez, Pbro.

El mundo, antes de lucir la estrella de la revelación cristiana, estaba dividido en dos campos: la gentilidad y el judaísmo. El primero entregado a las puras luces de la razón; el segundo iluminado por las luces de una revelación, preparación para el advenimiento del Mesías, y que debía dar paso a la plena claridad del Evangelio. Los paganos habían perdido el rumbo y envuelto en errores monstruosos las escasas verdades naturales; los judíos, convertido en fórmulas vacías los sagrados ritos y ceremonias de un culto venerable. La idea de la unidad de Dios había desaparecido casi por entero en el mundo gentilico para ceder su puesto a los extravíos idolátricos; en el pueblo de Dios se conservaba el culto a Jehová, mas de tal suerte superficial y ayuno de la verdadera elevación del espíritu, que en expresión de la Escritura, “ese pueblo honraba a Dios con los labios, mas su corazón estaba muy lejos de El”.

Lleguémonos a Jerusalén y preguntemos al pueblo cuál es la fuente viva de su nacionalidad y nos mostrará el templo con sus pórticos y sus sacrificios. Moisés y los profetas le dieron leyes y de ellas y por ellas vive. Preguntemosle por sus ascendientes y nos hablará, alta le frente, de Abraham y de los patriarcas, de sus jueces y de sus caudillos. Para los judíos nada valían los predios del arte helénico, las maravillas del cálculo de Euclides y Pitágoras, las famosas rapsodias de Homero. Son ellos los elegidos de Dios; y aun cuando en ese entonces las lanzas romanas habían depuesto a sus legítimos reyes y señaládoles un gobernador imperial y, por fórmula, un monarca extranjero, el lujurioso Herodes, esperaban que el mismo fuego castigador del Sinaí consumiera en día más o menos cercano la fortaleza Antonia, o que las aguas del Jordán, desbordadas, acabaran con los injustos opresores, lo mismo que en el tiempo antiguo las del Mar Rojo sorbieron en sus senos los carros falcados del Faraón perseguidor.

Esperaban, interpretando en sentido terrenal y avaricioso las Escrituras de sus videntes, que apareciera el caudillo para conducirlos a la victoria definitiva y al señorío del mundo. Creían que el Mesías, cuyo advenimiento debieron preparar, sería más victorioso que Josué, más afortunado que David, más opulento que Salomón y que con los triunfos de sus armas les daría el imperio del mundo. Persuadir a esos hebreos carnales que el reino del Mesías era enteramente espiritual, que el hijo de una desconcida doncella nazarena era el magnífico caudillo prometido a través de todas las páginas de la Escritura y esperado en todo lo largo de su historia maravillosa, que el judío por ellos crucificado era el Rey anunciado y que sobre la cruz, patíbulo de ignominia, debía levantarse el reino nuevo, he ahí una empresa al parecer imposible. Y sin embargo, si la fe quería conquistar el mundo, si el Rey Jesús intentaba enseñorear la tierra, era preciso principiar por destruir en la mente de los mismos judíos esos conceptos y sustituirlos por otros, acabar en ellos con una ilusa esperanza de glorias terrenas, para darles puesto nada más que de precursores, hacerles entender el sentido espiritual que guardaban las páginas de sus libros inspirados y mostrarles, en lugar de los horizontes del tiempo, los lejanos e invisibles del mundo del espíritu.

El Rey se empeñó en esta empresa. Judíos fueron los primeros que predicaron el Evangelio; judíos, los primeros en abrazarlo; y si hoy, como dijimos al principio, los judíos, ensoñadores de un reino terrenal, luchan contra el Rey, es en castigo de su soberbia; van por el mundo como proscritos para ser el perpetuo testimonio de la justicia divina. Sus desgracias son el cumplimiento de la terrible imprecación: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos". El judaísmo como credo no pesa en la marcha de las ideas, es, sin duda, una amenaza porque trabaja en la sombra; no es una fuerza vital que determine corrientes de cultura, que informe las mentes contemporáneas.

Debió destruir el paganismo. No es aceptable el argumento que algunos espíritus ligeros han querido formular contra el triunfo de la doctrina cristiana: que cuando vino el Señor Jesús a predicar la buena nueva de su doctrina, los errores gentílicos estaban ya tan desacreditados que cayeron de suyo.

La transformación cristiana se inició en el siglo de Augusto, vale decir en el esplendor de las letras, de las ciencias y de las artes del mundo antiguo. Cuando Jesús recién naci-

do daba sobre las pajas de su pesebre los primeros vagidos, ya en Roma se recitaban los exámetros virgilianos, resonaba en la tribuna de las arengas la voz poderosa de Marco Tulio y los cinceles de incansables creadores de formas bellas levantaban termas y foros, poblaban de estatuas los palacios y los viales; en tanto las armas romanas victoriosas extendían su poder por todos los términos del horizonte conocido.

¿Cómo sería el arribo de Simón Pedro, el legado y lugar-teniente del Rey Cristo Jesús a la ciudad imperial? Fue quizá a la hora del atardecer, en uno de esos bellos crepúsculos que sobre la Campiña Romana, toda roja de amapolas abiertas, extienden su peplo de tisú granate sembrado de lentejuelas de oro; sobre el cielo del poniente, los lejanos muros de Tarquino el Soberbio, las moles de los anfiteatros, los clásicos perfiles de los templos, los abiertos ojos de los arcos triunfales, la fachada de los palacios y, para que nada faltase a esa fiesta de los sentidos, acaso el clarín de los legionarios, reunidos en el campo de Marte, de esos hombres aguerridos en cien combates, vestidos de hierro, ceñidos de gladios tajantes, defendidos por bronceos escudos y cascos crinados, se dejaba oír rasgando la serenidad de la hora.

Por la vía triunfal rueda en dirección al Palatino la carroza marfilina del César. Simón Pedro vio pasar la cuadriga, miró desfilar los legionarios, vio cómo se ofrecían sacrificios a Hércules, a Júpiter armipotente, a la Venus Victrix, a la Fortuna Viril: y contra todo eso debía luchar. Todo eso debía caer derruido, no por otros medios que los de la convicción racional, la luz de la fe y el amor sufrido y misericordioso. Por Claudio Nerón, por ese imperátor a quien vio, rodeado de fuerza y coronado de esplendores, cruzar las amplias vías, reducido fue a estrecha prisión y más tarde, por su orden, enclavado en un palo como el Divino Maestro; vino a morir para dar testimonio de la nueva doctrina, para el triunfo del Rey. La palabra de fe y de vida que vibró en sus labios no murió con él, se escapó de los hierros mamertinos, se levantó lo mismo que un ave de remos aquilinos poderosos, cruzó sobre el cielo de Roma, después de haber hincado la garra en el mismo corazón del Imperio, y fue a Galia y a la distante Hesperia y a la remota Bretaña. Los apóstoles de la nueva doctrina pudieron decir mejor que los mismos conquistadores latinos: *Sistimus hic tandem nobis ubi defuit orbis*. ¡Sólo nos detuvimos allí donde faltó la tierra a nuestros pasos de peregrinos de la verdad!

*¿Dónde están hoy los ritos seculares?
¿Dónde la augusta majestad del Foro?
De las vestales el virgíneo coro
no entona el himno de los patrios lares.
Sombra fueron los dioses tutelares;
y el mito un ritmo que murió insonoro;
a Roma hoy prestan divinal decoro
otro templo, otro Dios y otros altares.*

*Sobre el sepulcro de Simón triunfante
se levanta la cúpula gigante
que abraza al orbe con amor profundo.*

*Todo en la eternidad está previsto:
y es Simón Pedro, pues lo ordena Cristo,
la inmoble roca en que se salva el mundo.*

Tres siglos duró la lucha; la sangre vertida en esa sangrienta epopeya responde al sofisma de quienes quisieran amenguar las victorias del Rey diciendo que el paganismo cayó porque había llegado su hora, que la fe cristiana venció porque se presentó a la palestra cuando los errores paganos habían comenzado a eclipsarse en la mente y en el corazón de sus mismos prosélitos; falso razonamiento. Tan vivo y tan pujante estaba que quiso ahogar en sangre la nueva doctrina y silenciar, por la violencia, la voz dulcísima e iluminadora del divino Rey.

La primera etapa en la realización de una idea es, digamos, destruir lo que se opone a su extensión, a la legítima cosecha de sus frutos. La fe de Cristo no podía hacer sentir su sobrenatural eficacia en convivencia con el paganismo sensual, con el judaísmo que había perdido su razón de ser; necesitaba el Rey, antes de adelantar sus conquistas, limpiar la tierra de brozas; lo hizo a costa del martirio de sus primeros hijos y después de una lucha tres veces secular.

Veamos ahora si tan sólo se limitó a destruir, o bien tuvo fecundidad creadora. Al quitar a los hombres los viejos conceptos se los sustituyó por otros más vigorosos y fecundos, por verdaderos e infalibles. Encontró a la humanidad sedienta de verdad y acercándose a los labios reseca un cantarico escaso; quitóselo, pero le dio la linfa pura de la eterna verdad. Cumplióse así la promesa hecha a la pecadora de Samaria: "Y haré en el alma un pozo de aguas vivas que bulla y salte hasta la vida eterna".

¿Qué creó la doctrina del Rey? En cada hombre el concepto valiosísimo para el progreso humano de lo que es el in-

dividuo. "¿No valéis, les dice, vosotros mucho más sin comparación que todas esas cosas materiales?" Reforzando con su infalible enseñanza la doctrina acerca de la inmortalidad del alma proporciona una fuente de energías incomparables, antes, o no suficientemente conocidas o no suficientemente apreciadas. "No temáis a los que pueden matar el cuerpo, mas no pueden dañar el alma; temed sí al que puede precipitar el alma y el cuerpo a la gehena infernal". "¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?" "Busca primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura". Seguro estoy que muy pocas veces se ha pensado en la lógica formidable del Evangelio; si la siguiéramos, no se abriría a nuestros pasos otro camino que el de la santidad.

Al enseñar al hombre lo que es la gracia, comunicación misteriosa de la vida divina a la criatura racional, cómo hace crecer, cómo se agiganta, si se puede decir así, nuestra estatura espiritual. "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, . . . así como yo y mi Padre somos una misma cosa por unidad de naturaleza, así debéis ser una cosa conmigo por unión de amor". Repasemos en síntesis brevísima el catálogo de las virtudes grandes o pequeñas que al igual de una florescencia de maravilla emerge del pantano del mundo: pobreza y humildad de Francisco de Asís; nobilísimo heroísmo de Bernardo de Claraval y de los monjes conquistadores y soldados; celo y desinterés de los frailes mendicantes que cruzaban los mares para redimir a los cautivos; voluntaria inmolación y aspereza de los convertidos y penitentes; caridad ardiente, profunda comprensión de las miserias humanas de un Juan de Dios, de Vicente de Paúl, de Isabel de Hungría; inocencia admirable de las almas inmaculadas; heroísmo de todos los santos; calladas virtudes de todos los buenos cristianos, ¿qué son, en resumen, sino el fruto de una savia divina, la vida misma de Jesús, su gracia y su amor que circula por la Iglesia, cuerpo místico suyo?

Antes que el Señor Jesús viniera, el concepto del derecho a gobernar, la noción de Estado, de soberano, confundíase con la noción de fuerza; y gobernaba el que tenía en sus manos las armas. Recordemos que casi todos los gobiernos antiguos degeneraron en tiranías. Ese concepto estatal, absolutamente pagano, que por desdicha tiende a revivir en nuestros días, y según el cual todo debe servir a los poderes públicos, sustituyólo Jesucristo por esa otra exactísima idea, conforme a la cual el Estado no es más que el defensor de la seguridad y felicidad de los asociados, y las autoridades

no tienen otro oficio que el de tutelar el libre ejercicio del derecho. ¿No es esta doctrina la condenación anticipada de todas las tiranías? ¿Cuándo se presentan esas corrientes dictatoriales y abusivas de sus poderes, sino cuando las normas morales nacidas de la fe, principian a ser sustituidas por otras, hijas de la conveniencia y de la pasión? Se derrumban los altares del espíritu y levántanse los templos de la materia; caen las aras de la divinidad y se quema incienso y se adora al dios-estado.

“No hay, decía a este propósito el gran Donoso Cortés, para reprimir y sujetar las multitudes sino dos caminos: o la represión moral o la represión de la fuerza. De tal suerte que cuando la represión moral, que proviene de la conciencia, alcanza su máxima expresión, la represión de la fuerza se anula; y cuando decae o debilita, la represión nacida de la violencia ocupa su sitio”. He aquí el origen de todos los despotismos y las causas de todas las dictaduras: la anulación de la conciencia en los pueblos. Extinguida la ley moral, surge la fuerza. Cristo, al enseñar un Código de perfección moral, previno al mundo contra la maldición de la fuerza desordenada y abusiva, creó por tanto el concepto de libertad genuina, de autoridad responsable, de derecho inviolable y preparó para los pueblos el camino de la prosperidad y de la felicidad, dones que algunas veces han conquistado cuando han querido oír su voz y regirse por sus normas y mandamientos.

“Las vías están preparadas, decía el ya citado Donoso Cortés por los años de 1849 en un discurso que pudiera calificarse de profético, para un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso, todo está preparado para ello, no hay resistencias físicas.... no hay resistencias morales.... Una sola cosa puede evitar la catástrofe; una y nada más: la ruina del mundo no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, provocar una reacción saludable, una reacción religiosa”.

Cristo, que hace los santos con su amor y su gracia, previene con su doctrina los abusos de la fuerza al hacerse nuestro hermano; prácticamente nos hizo comprender la grandeza de la fraternidad universal; formados del mismo barro, rescatados por el mismo sacrificio, con Cristo nuestro hermano por cabeza, marchamos a la conquista del mismo glorioso destino.

Fecunda la doctrina cristiana en el terreno de la ética individual y social, admirablemente pródiga en bienes para el individuo, los hogares y las naciones, tenía que serlo for-

zosamente en otros campos. ¿Quién salvó, por una parte, los tesoros de la sabiduría antigua y quién levantó, por otra, esa montaña de la filosofía escolástica y de la teología, sino la Iglesia, depositaria de las doctrinas del Rey? Cuando el mundo, reducido a las tinieblas por la ola de la barbarie nortea, olvidó los principios más fundamentales de la cultura y se convirtió en un caos, confundiendo hasta sus lenguas como en otra Babel, la fe iluminó, por medio de los Padres y Doctores salidos de su seno, esas remotas centurias y salvó para la cultura humana las lenguas clásicas. Los acentos griegos y romanos no cesaron de cantar la sagrada liturgia. En el bello idioma de Demóstenes pronunció sus homilias el Crisóstomo y en esa misma lengua, conservada en toda pureza, celebró los trabajos y dolores de Cristo, su pasión y sus triunfos, San Gregorio de Nazianzo. En la prosa de Cicerón escribió sus epístolas el solitario de Belén y San León Magno, el de la elocuencia de oro, expuso los insondables misterios de la encarnación del Verbo y las sublimes glorias de la nueva Roma, y San Ambrosio, de suavidad tal que se diría en sus labios habían melificado las propias abejas del Himeto, la cautivadora belleza de la virginidad sin mancilla; mas no las colmenas paganas le endulzaron tanto sus conceptos sino la abierta llaga del costado de Cristo.

¿De qué vivieron los siglos medios sino de la mente de Tomás de Aquino? ¿A quién preguntaron los hombres las primeras nociones sobre etimologías y lingüística, sino a San Isidoro Hispalense? ¿En dónde iban a buscar las más preciadas riquezas de la ciencia y de la bella literatura, sino al recinto de los claustros? Y, posteriormente, ¿quién fue el padre del derecho internacional, sino Vitoria? ¿Y quién, adelantándose a los novísimos paladines de los pueblos oprimidos, se hizo vocero de la raza indígena, extorsionada por soldados sin entrañas, e hizo resonar en las cortes la voz del derecho, sino el fraile Las Casas? Seamos justos y reconozcamos que mucho debe la civilización, la ciencia, las letras y todas las manifestaciones de la cultura humana a las doctrinas del Rey, en ocasiones tan villanamente atacadas, tan olvidadas en otras, siempre con tan poca justicia estudiadas por los que no comulgan con ellas. Día llegará cuando, por causa del olvido de esos principios salvadores, los hombres, habiendo rodado al abismo de donde los sacó la fe, se vean precisados, doloridos y desangrados en estériles luchas, a volver a sus santuarios, y será entonces su esplendor mucho más bello, tal así como al pasar la tormenta brilla el sol con mayores magnificencias.

¿Pues qué decir del poder creador de la fe en las artes y en otras admirables manifestaciones de la actividad humana? ¿Quién modeló las piedras y las dispuso en arcos y ojivas, bóvedas y cresterías sino el entusiasmo de la fe? Los misterios del Rey, su vida, sus hechos, los heroísmos de sus soldados, ¿qué fuente de inspiración más rica para las artes plásticas? ¿Qué mundos de color, de incomparables formas, animadas y embellecidas por el soplo del espíritu, brotaron al calor de la nueva doctrina! ¿Quién puso sobre las cuerdas del arpa de Jacopone de Todi, de Dante, de San Juan de la Cruz, acentos para cantar el dolor, los caminos del misterio y las supremas elevaciones del alma, sino la fe? No hay una sola manifestación del ingenio, de la inteligencia, del arte, a que no haya dado impulso la doctrina de nuestro Rey, que no se haya ensayado en traducir con palabras, ritmos, notas, líneas o colores la belleza del amor infinito y del sacrificio de un Dios.

¿Quién echó, podríamos preguntar, hablando un poco de lo propio, sobre los bosques de América, cien veces seculares, las primeras semillas de la vida civilizada? ¿Quién enseñó a los indígenas, acostumbrados a sus bárbaros dialectos, la armonía y la lógica de una lengua culta? ¿Quién defendió ante los poderes civiles sus derechos? ¿Quién les dio las primeras nociones de las artes y de las industrias sino la Iglesia? Recorramos todo el espacio que va desde el estrecho de Magallanes hasta las tierras del Labrador, y dondequiera encontraremos las huellas de los misioneros del divino Rey: aquí será una ermita de piedras toscas; allá, el claustro, donde juntamente con las verdades religiosas, necesarias para informar su conducta, aprendía el indígena las disciplinas humanas; más allá, la catedral suntuosa donde el trabajo de los orfebres, orives, pintores e imagineros dejó un impercedero recuerdo.

Antes de que nuestros modernos importadores de ideas no cristianas hubiesen venido al mundo, ya esa fe, a quien se cuelga el sambenito de retardataria y a quien se culpa de ser rémora en el avance de la ciencia, había creado una cultura, había educado al pueblo y hecho la felicidad aún temporal de gentes, que en el silencio de la vida patriarcal entendían más de derechos y de deberes que los imberbes doctores, amigos de sorprender a los incautos y sencillos con su pasmosa erudición, aprendida en extranjeros autores, pero acaso ayunos del significado de la palabra honradez mental y conciencia de su deber.